

# LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

## La canalla política

El jefe de los energúmenos de Italia, a puñetazos y chillando histéricamente desencadenó por centésima vez la reacción que fué de una ferocidad que supera — si esto fuera posible — a las más violentas y sanguinarias que padeció el pueblo italiano desde que se halla en el poder el fascismo.

Proclamemos paladinamente que si suceden estas cosas el principal culpable no es Mussolini. Tampoco los que están alrededor de él, ni el fascismo en general. Sobre quienes debería caer todo el peso de la pena merecida con creces es sobre los tiburones de la burguesía y también sobre la mediocracia que para defender sus ganancias durante la guerra, conchabaron a Mussolini y a sus sicarios, entregando Italia y la masa popular a estos animales vesánicos y enfurecidos.

Y son ellos, que con su aquiescencia tácita o evidente siguen sosteniéndolos. Para no hacerse cómplices, ni que los confundan — dicen ellos — con las tendencias extremas, que traerían la anarquía en el seno de la nación, toleran la *anarquía* auténtica de los bandoleros, de los asesinos, ladrones y delatores de más baja estofa, que pululan en la península.

Esos Giolitti, Facta, Salandra y *sic de coeteris*, son mil veces más detestables que Mussolini, quien al fin y al cabo, obedeciendo a la voz imperiosa de su naturaleza sanguinaria, obra en consecuencia. Porque ilógico sería pedirle mansedumbre a un tigre, — aunque el duce sea un tigre de talabartería.

Cuando el pueblo italiano haya liquidado de una vez el régimen fascista, debe empezar y acabar con la burguesía y sus jefes, causantes principales de las situaciones horribles que sufrió el país durante varios años para no dejarse sacar el botín robado ni los privilegios conseguidos por medios extorsivos.

La duración de Mussolini en el poder no se explica de otro modo. Basta que éste sea el fantasma de la revolución social, para que todos los que tienen intereses turbios que defender se agrupen a su alrededor y le otorguen todos los votos de confianza que les pida.

Por eso el duce se siente tan seguro y se atreve a gritar estentóreamente, porque toda la canalla dorada, barnizada y podrida de Italia le sostiene.

Dice Maquiavelo: logra el éxito y todo el vulgo se inclinará ante ti, y añade: todo el mundo es vulgo.

Y son solamente éxitos tras éxitos, y no triunfos logrados con verdaderos méritos, los que tienen ahorrada a Italia a los pies de Mussolini.

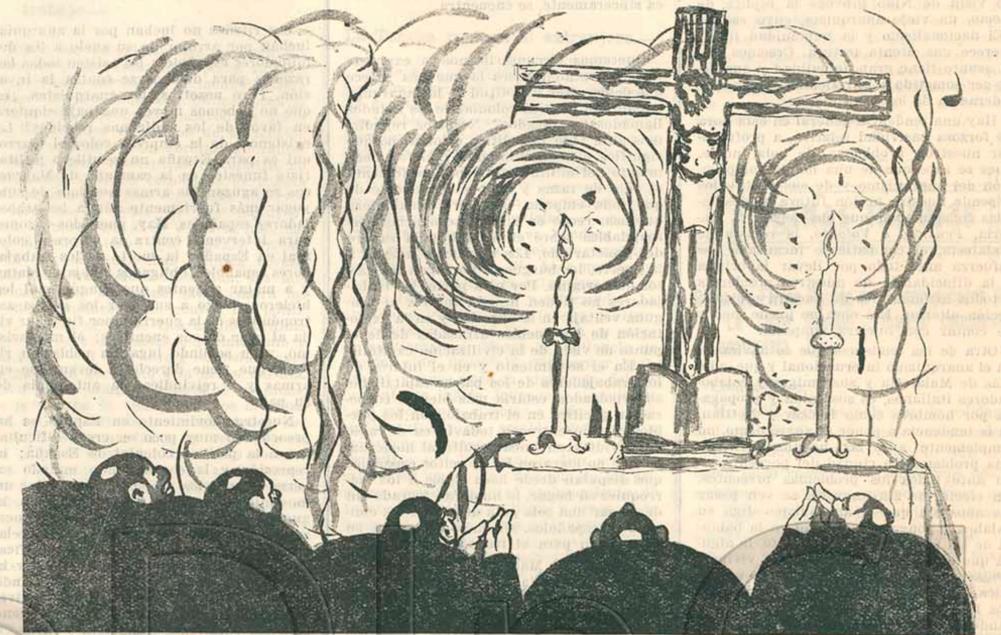
## La cafrería y la cortesía

Repetía a menudo Emerson que la vida no es tan breve para que a las personas no les quede tiempo para ser corteses. Pero distingamos. Hay dos clases de cortesía: una social, al alcance de todos los gomosos, que siendo profunda y horriblemente mal educados pueden usar de las frases almidonadas y pulidas, cuando se les ocurra y les convenga. Así un doctor con un metro y pico de chapa en la puerta y otro tanto de diploma, basta pincharle un poco para que debajo de la levita asome el rabo de la fiera primitiva.

La cortesía social en moda entre niñas y niños tilingos y jamonas cuarentonas, nos hace el efecto de un negocio que luce en el escaparate toda la mercadería que tiene. Adentro nada queda. Hay ciu-

## NO MATARAS (V mandamiento)

(Se oficiaron misas en la Catedral por el triunfo del ejército español)



EL CORO—Tú, jesucristo, que todo lo puedes, ordena que el ejército de Primo de Rivera mate a todos los moros y a todos los rebeldes enemigos de nuestro rey.

dadanos que se gastan todos los sentimientos corteses en la calle, con extraños, y cuando llegan a casa, la emprenden a mogicones con la sirvienta, con los hijos, con todas las víctimas que penden de su dominio.

Hay gente, en cambio, que siente la cortesía por dentro, y por exceso de timidez a veces teme manifestarla. Son los raramente sinceros que no hacen un derroche desahogado al primer venido por temor de que los confundan y también por hallarse imposibilitados para fingir lo que no sienten. Ellos no son precisamente los más aptos para conseguir granjerías en este mundo. El éxito corona solamente a aquellos que poseen desarrollada en mayor grado la cualidad del histrionismo. El que descuella en esta comedia que es la vida, desempeñando con más falacidad su rol, tendrá todo lo que desea y quiere.

Digamos ahora que en nuestra metrópoli abunda la cortesía convencional de la casa de huéspedes barata, mientras la otra, la subjetiva, es tan rara como un diamante negro.

La guaranguería andante y trashumante salió a relucir en la pasada fiesta de año nuevo. Los accidentes "caecidos", causados por los disparos de armas de fuego fueron tan numerosos que las planas de los diarios fueron breves para contenerlos a todos. La bestialidad instintiva no se aminora con sermones y admoniciones en tal o cual fecha, y fijadas después en las esquinas de las calles. Si durante los trescientos y más días del año se predicara con el ejemplo y las palabras no fueran antítesis de los hechos, quizás el porcentaje de gente civil interiormente aumentaría, equilibrando la incivil.

No existe parte del planeta en que esta fiesta sea celebrada con mayor número de barbaridades, como aquí.

No nos podemos dar cuenta dónde se halla el chiste ni la chispeante gracia en

disparar unos cuantos tiros de revólver o de fusil — que también los hubo — a fin de demostrar el hondo regocijo que experimentan ciertos caballeretes cuando fenece y nace otro año, en mala hora, principalmente para aquellos que resultaron asesinados, heridos y muertos. Situaciones estas no muy agradables si se medita un instante, y sin meditarlo también.

Entre los accidentados se halló un niño de ocho años, una niña de diez, ancianos, obreros, toda una secuela de víctimas, que no las hubiera habido si el café que se disimula con cuello, botines de charol y vestimenta civilizada, no hubiera saltado de pronto para empuñar un arma y disparar a tontas y a locas.

Educación colectiva y de los sentimientos le hace mucha falta a la plebe dorada que se atropella en los tranvías como ganado asustadizo, en las boleterías de los teatros, amontonándose como grey lanuda en los cinemas y estrujándose en la calle Florida.

Por eso, cuando se produce una catástrofe, son más los heridos y muertos causados por el pánico que los que debieron perecer por los elementos destructores.

Se dice que la cafrería se confinó a los bosques, pero todavía abunda en nuestra ciudad, refugiada y enfundada en camisas y vestidos de seda. Son los civilizados por el sastré, el peluquero y la modista.

## Ascetismo epicúreo

Tagore, el flamante colaborador de "La Nación", se ha ido hacia su lejano, remoto país. Entrevistado por esos esposos del periodismo, que le hacen decir hincarse hasta a la bestia más embrutecida, el poeta bengalí tañó el violón — quizás a

pesar de él — como tantos coetáneos suyos que vinieron aquí a exhibir su vanidad, al mismo tiempo que su mediocre sabiduría.

Era inevitable. El gusto agraz que nos embriagara como mosto primerizo en su primera colaboración "El Maestro de Escuela", posiblemente no lo hallaremos más en sus verdaderos trabajos. Será una debilidad y una majadería pensar que nadie que no conduzca una vida heroica en el sentido que se quiera — ya encharcados en el vicio o transfigurados por la virtud — podrá forjar héroes de aliento inmortal. El término medio nos revienta. Y el ascetismo de Tagore es un epicurismo disfrazado. Es la voluptuosidad quintesenciada, goce supremo de un espíritu aristocrático.

Sus poemas son lindos juguetes, bonitos bibelots de uno de los alfareros más hábiles que produjo la India, cuyo canto de ruiseñor es adormidera del alma de su pueblo.

¿Para qué queremos toda esa balumba de símbolos si no fueron escritos con sangre y lágrimas? Solamente lo escrito así hará vertir lágrimas y sangre. Lo demás es puro "divertissement", como los espectáculos de circo: letras dibujadas en la arena, que el menor soplo de viento las sepulta y las borra. Será un criterio unilateral el nuestro, pero no podemos remediarlo. Estar de acuerdo con todos es no estarlo con nadie, ni consigo mismo. Dejamos el eclecticismo epicuro para otras personas más selectas.

Después de todo, Tagore puede conducir la existencia que más le convenga, si no intentase denigrar a Ghandi, comparándolo y confundiendo con los politicastros de la más infima ralea, — a él, que ha sacrificado todo por la redención de su pueblo y que jamás sus palabras estuvieron en desacuerdo con sus hechos, heroísmo inaudito en todos los tiempos.

Hablando de esto mismo con Malatesta — en Arthur Street, Londres — en

# Los anarquistas y la política colonial de los estados "civilizados"

En las páginas del SUPLEMENTO fué abierto el campo a una fecunda polémica sobre la esencia del nacionalismo; Nido hizo algunas observaciones a un interesante artículo de Rocker sobre el nacionalismo y la reacción moderna (SUPLEMENTO, números 112 y 113). El punto de vista de Nido provocó la réplica de Nemo, un viejo anarquista, cuyo escrito "El nacionalismo y la humanidad libre" merece una atenta lectura. Creemos que el asunto tiene gran actualidad y que debe ser sometido a la reflexión y a la consideración de los anarquistas.

Hay una tendencia general en esta hora de forzosa pasividad relativa, a profundizar nuestros problemas de toda índole, pues se sabe que de una honda comprensión del anarquismo y de sus postulados depende nuestra acción futura en las luchas constructivas que nos depara la historia. *Pensiero e Volontà*, la revista de Malatesta, el combatiente incansable, se esfuerza ante todo por llevar la crítica y la dilucidación de nuestros problemas a todos los dominios de nuestra probable acción ulterior. Esa obra no puede menos de contar con nuestra simpatía.

Otra de las tendencias que se advierten en el anarquismo internacional y que, además de Malatesta y sus amigos y colaboradores italianos, es sostenida y propagada por hombres como Rocker y Nettlau, es la tendencia a poner al anarquismo, no simplemente ante las nebulosidades de una problemática ciudad del porvenir, sino ante todos los problemas presentes. En efecto, no sin angustia se ven pasar los años sin que el anarquismo diga su palabra y ponga su voluntad en la balanza de las fuerzas sociales; aparte de alguna que otra campaña pro presos, vivimos demasiado al margen de la vida económica, política y espiritual de la época; no hemos retrado demasiado, desinteresándonos por todo lo que no tiene una atinada inmediata y bien visible con nuestras ideas. Esto nos condena más y más al aislamiento, y ese aislamiento es acentuado aun en diversos países por el error de nuestros camaradas de considerar las ideas libertarias por encima de las luchas del proletariado. En la Argentina, por lo menos, los anarquistas no perdieron el contacto con las masas obreras, y esto es algo, pues, aunque no sea más que por eso, nuestras ideas tendrán siempre un vasto campo de acción práctica, de experimentación de sus métodos de lucha, etcétera.

El porvenir ha de salir del presente, ha de ser elaborado en la vida cotidiana; no saldrá perfectamente armado del seno de la civilización capitalista y autoritaria, sino que ha de ser formado y condicionado poco a poco en ella, en la mentalidad y en los hábitos de los hombres que nacieron y se desarrollaron en este sistema de autoridad y de explotación. Es preciso, pues, que nos interemos por la vida real, que demos al mundo que existimos, contra la injusticia, contra el crimen, contra todo cuanto empeora la situación actual o tienda a dificultar nuestra vía hacia la liberación humana.

Sobre la polémica en cuestión, esperamos nuevas aclaraciones de Nido; su artículo "El anarquismo y los movimientos separatistas" ha pasado desapercibido en la Argentina, o poco menos, y habría necesidad de discutirlo a la luz de las experiencias internacionales. Hay materia en la discusión ya iniciada para fecundas consideraciones y para la elaboración de

una conversación inolvidable, nos decía con su experiencia de viejo luchador, que debíamos conformarnos con lo que buenamente nos podía dar toda persona en beneficio de las ideas, y sería contraproducente exigirle una total entrega cuando no estaba dispuesta a hacerla, o la haría de mala gana. Nosotros, asintiendo con la justicia que entraña esta premisa, diremos que cuando los que se sacrifican a medias y limitadamente reprochan a los que lo hacen por entero, entonces sí hay derecho a censurarlos, y muy duramente. Es el caso de Tagore.

líneas generales muy útiles y de mucha trascendencia. Manos a la obra, pues. Aportemos cada cual nuestra manera de ver, sin temor a equivocarnos o a chocar contra viejos dogmas. Lo malo que tiene la verdad, ha dicho un escritor cuyo nombre no recordamos, es que cuando se busca sinceramente, se encuentra.

Queremos circunscribirnos a expresar nuestra opinión sobre la que nos parece que debiera ser la actitud de los anarquistas ante la política colonial de los Estados llamados "civilizados". Nosotros repudiamos ante todo la política colonial porque significa el mantenimiento y el fortalecimiento del militarismo y porque fomenta el odio de razas y de pueblos, aparte de que toda empresa guerrera, cualquiera que sea, recae en sus consecuencias desagradables sobre el bolsillo y la sangre del proletariado. Los burgueses no van a la guerra, los burgueses no pagan los gastos que origina. Por otra parte, los trabajadores no tienen ningún interés ni ninguna ventaja en la opresión y en la explotación de los pueblos atrasados desde el punto de vista de la civilización capitalista. En el sentimiento y en el interés de los trabajadores de los países capitalistas superpoblados, estaría más bien la cooperación pacífica en el trabajo, con los pueblos que no entrarán todavía en el radio de la vida económica y cultural moderna. Lo que no lograron los ejércitos españoles que disputan desde hace siglos a los marroquíes su hogar, lo hubieran logrado sin derramar una sola gota de sangre los emigrantes españoles, sin más armas que su disposición para el trabajo productivo.

Hablamos de Marruecos. No obstante la sangre de la población juvenil de España que consume esa empresa colonial, son muy raros los gestos de protesta y de indignación de los trabajadores españoles. Y aun nuestros camaradas parecen contentarse con alguna que otra expresión platónica de solidaridad moral con los rebeldes del Rif; pero nada de resistencia activa a ese desangre incesante de la juventud y nada de protesta elocuente en favor de la población rifeña que tiene el más absoluto derecho a rechazar la invasión armada de su territorio.

Es verdad, los rifeños no combaten por la anarquía, no oyeron tal vez nunca esa palabra, y posiblemente no se convencerán en un instante de que la instauración de un gobierno indígena en Marruecos, no significará un cambio trascendental para la población pobre de ese territorio. Eso es bien evidente, pero es también muy comprensible y no podemos dejar de simpatizar por ello con los rebeldes. Una colonia, hasta ahora, ha dado su primer paso hacia adelante con el más grande nacionalismo por guía, y no tenemos derecho a esperar que sea de otro modo. El nacionalismo en la colonia oprimida por un gobierno extranjero, es un fruto natural que suele unir sincera y noblemente a los opresores y oprimidos indígenas.

Se dice muy fácilmente que no hay diferencia entre los gobiernos. Pero esa frase no tiene sentido para un pueblo sometido al duro régimen colonial y subyugado a la voluntad de una nación extraña por la fuerza de las bayonetas. Tampoco tiene una mayor significación para los períodos de extrema dictadura y de extremo rigor gubernamental. Tenemos el fascismo en Italia; desde lejos se puede decir con calma que no vale la pena realizar el menor sacrificio por un mero cambio de gobierno; pero los que sufren la barbarie fascista, aunque sean anarquistas y de los más consecuentes, ponen en juego todas sus capacidades y sus posibilidades para provocar un cambio de la situación. Y estamos seguros que si alguna vez se produce un movimiento de resistencia popular contra Mussolini en Italia, los anarquistas italianos estarán en primera fila, aun conscientes de que los frutos de la victoria no serán para ellos ni para la mayoría del pueblo italiano, sino para los nuevos gobernantes que continuarán defendiendo los intereses del capitalismo y del principio de autoridad, pero sin los extremos de las hordas del fascismo.

Lo que podemos hacer es no confundir nuestros esfuerzos ni simular nuestros ideales en beneficio de los arrivistas de la vida política, pero cuando se trata de defender libertades relativas conquistadas a costa de sumos esfuerzos, o cuando se trata de reconquistar ciertas ventajas que nos han sido arrebatadas por una ley o por un golpe de Estado, lejos de cruzarnos de brazos, deberemos encontrarnos a la cabeza del movimiento reivindicador. Esa cómoda filosofía que rehúsa el esfuerzo cuando no está dirigido a la realización inmediata de la anarquía, es una manera simulada de profesar un anarquismo sin riesgos ni peligros.

Los rifeños no luchan por la anarquía, luchan por arrojarse de su suelo a los dominadores españoles; les asisten todas las razones para defenderse contra la invasión. Pero nosotros, los anarquistas, ¿es que no debemos mover una paja siquiera en favor de los indígenas rebeldes? La existencia de la empresa colonial marroquí es para España un semillero militarista funesto; en la campaña de Marruecos se aguzan las armas que han de subyugar más fuertemente aún a los trabajadores españoles. Hay, pues, dos razones para intervenir contra la empresa colonial en España: la suerte de los trabajadores españoles, obligados a dejarse matar y a matar a gentes que ningún mal les hicieron, luego a sufragar los gastos astronómicos de la guerra y por fin a dar vida al peor de sus enemigos: el militarismo, y en segundo lugar la población rifeña, que tiene derecho a levantarse en armas y a reivindicar la autonomía de su país.

Nuestro movimiento en España se ha preocupado muy poco en crear dificultades a la política colonial de España; la represión y la censura han matado en germen todos los propósitos de iniciar un movimiento popular de resistencia a la guerra criminal del Rif, pero los esfuerzos no han sido sostenidos ni han revelado una clara conciencia de la significación y de la necesidad de obstaculizar la acción de España en Marruecos. Cuando se habla hoy de intervenir más activamente en las cuestiones del día, se tiene en vista cuestiones como esta y otras en que los anarquistas, que no por ir a la vanguardia de la humanidad, se han apartado del valle de lágrimas en que se debaten sus contemporáneos, hallarían un terreno apropiado para manifestar su comprensión de los intereses populares y su solidaridad con todas las víctimas del despotismo y de la codicia capitalista. Opinamos que entre los problemas urgentes que debieran ocupar a nuestros camaradas españoles y a los camaradas de más o menos afinidad de idioma, de raza y de intereses, está la guerra de Marruecos, por ejemplo.

Hoy existe una cierta malquerencia entre ciertos partidos liberales contra la dictadura militar; pero ninguno de esos partidos ofrece ni es susceptible de ofrecer una solución tan acertada como la que podríamos ofrecer nosotros a la cuestión del Rif, porque nadie está tan libre de intereses subalternos como lo estamos nosotros para acercarnos lo más posible a una solución justiciera.

Y no sólo en el asunto de la política colonial de los Estados llamados "civilizados", sino en otra infinidad de cuestiones prácticas políticas, económicas, sociales, podríamos hacer oír nuestra voz y hallar un eco amplio y simpático en las grandes masas; para ello es esencial romper con el voluntario aislamiento que nos imponemos y penetrarnos de la idea de que esas soluciones que daríamos a los problemas prácticos de la vida de los pueblos, despertarían la conciencia de la humanidad a nuevos horizontes y nos atraerían el respeto y la consideración de elementos y de fuerzas que hoy nos desconocen o que nos conocen sólo a través de las caricaturas que hacen de nosotros nuestros adversarios.

Es penoso decirlo, pero el movimiento obrero libertario español, que ha sido, relativamente, uno de los más fuertes del mundo, no constituyó en ningún momento, aparte de 1909, un obstáculo serio para los crímenes del Estado español en Marruecos, y eso significa dos cosas: que no hubo en el proletariado revolucionario la noción de la reacción militarista que se incubaba en el Rif, ni un sentimiento de solidaridad hacia la población rifeña masacrada por las tropas españolas.

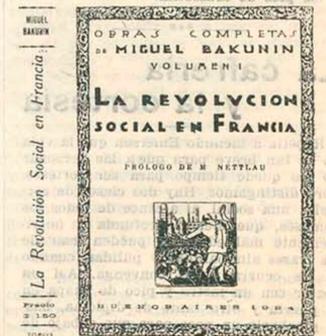
El caso de Marruecos es el caso de toda colonia de una potencia estatal y capitalista poderosa. Recientemente hemos visto cómo el Estado ruso aplastó a Georgia y llevó a cabo crímenes inenarrables. Sabíamos que los rebeldes georgianos no tenían más propósito que expulsar de su territorio a los gobernantes de Moscú, para instalar un gobierno nacional menchevista. Con los fines de los rebeldes no podíamos solidarizarnos, pero en lo íntimo de cada uno de nosotros, nuestras simpatías iban hacia los georgianos. Además de luchar por una autodefensa que a que tienen perfecto derecho desde el punto de vista de la ética nacionalista, abrían el camino a la posibilidad de una propaganda que fuera más allá del Estado nacional. Pues mientras Georgia sea una colonia bolchevista, la aspiración de ese pueblo será ante todo la independencia política, y toda otra voz caerá en el desierto. — Nosotros no somos amigos de establecer leyes de la evolución de los pueblos, pero, si las previsiones de Marx han fracasado totalmente, la historia está ahí para probarlos que el nacionalismo nace espontáneamente en las colonias o en los territorios sometidos al régimen colonial y que ese nacionalismo es una etapa casi fatal por la que tiene que seguir el desenvolvimiento de la idea antiestatista.

Por consiguiente, está en el interés de nuestra propaganda antiestatista la lucha contra la política colonial de los Estados, cualesquiera que sean. Además, los pueblos oprimidos advertirán nuestra intervención, y con ello se establecerá el hecho relaciones de simpatía y se favorecerá la evolución política y social. La mano que nosotros podríamos tender a los pueblos víctimas de los grandes Estados, no sólo podría cooperar a la realización de los fines de esos pueblos, sino que ayudaría también a superar más pronto la etapa de su nacionalismo romántico que indudablemente corresponde a la situación política de inferioridad en que se encuentran.

Ciertamente, no confundimos las aspiraciones de independencia política de los territorios subyugados al imperio colonial o a los planes anexionistas de los grandes Estados, con esos movimientos separatistas que se constatan en Europa y que responden en su mayor parte a intereses subalternos, políticos o económicos, de camarillas privilegiadas. El separatismo en Cataluña, Baviera, etc., no es un movimiento popular, nacional, sino que, a poco que se escarbe, descubrimos el fuego de artificio elaborado por una compañía industrial o un grupo de individuos influyentes sedientos de mando o por un Estado extranjero. Nido parece haber pasado por alto que los movimientos separatistas que se hicieron valer en Europa sobre todo después de la guerra, no son movimientos populares y nacionales, como lo son las luchas de los pueblos de la India contra Inglaterra, de los rifeños contra España, de Georgia contra Rusia.

*V. Abad de Santillán*

10 de noviembre de 1923.



Un tomo en 8° de 336 páginas, \$ 1.50

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$

# LA TCHEKA

En Rusia y fuera de Rusia.—

Traducimos del *Vorwarts*, Berlín, 23 de noviembre, 1924, el siguiente artículo sobre cuyo contenido, desgraciadamente, no puede haber la menor duda. Lo recomendamos a los visitantes de Rusia, a todos esos buscadores de rublos que se proponen continuar mintiendo y manteniendo la ilusión de una Rusia revolucionaria:

"La tcheka está íntimamente ligada a la revolución rusa de octubre: el bolchevismo no puede imaginarse sin ella. En el momento en que ella dejase de existir, caería también el bolchevismo. He ahí la gran preocupación del partido comunista ruso por su principal sostén, la tcheka.

La palabra misma se ha vuelto ya internacional; lleva una vida propia como concepto independiente. Se podría casi decir que se ha emancipado de los elementos conceptuales que forman su contenido. Pero precisamente por eso se abusa tanto de esa expresión; se designan con ella cosas que no le corresponden por su contenido. La exposición de la significación real de esa palabra y la verdadera esencia de ese concepto parece, sólo por ese motivo, deseable.

Origen y actividades de la Tcheka.—

La palabra *tcheka* está formada por las consonantes *tch* y *k*: son las letras iniciales de la palabra *Tchervytschajnaia* — extraordinaria — y *komissia* — comisión. La tcheka significa "Comisión extraordinaria". Fué fundada inmediatamente después de la revolución gloriosa y victoriosa de octubre para combatir la "contrarrevolución, la especulación y las contravenciones en las funciones oficiales". Al comienzo de 1918 se trasladó la tcheka panrusa, junto con los demás comisariados del pueblo, a Moscú; ocupó al comienzo un edificio en Lubyanka, para después reclamar un complejo de edificios en ese lugar. La ironía del destino quiso que gracias a la existencia de esa institución nadie volviera a estar seguro de su vida en Rusia, no obstante ocupar las casas que ocupaban justamente antes las grandes sociedades de seguros de vida. Junto a la tcheka panrusa, subordinadas a ella, existen en cada ciudad provincial las tchekas provinciales; en las pequeñas ciudades de distrito las tchekas de distrito; en las grandes ciudades hay tchekas de barrio también. Además, operan las tchekas ferroviarias, las tchekas militares, etc., etc. Todos estos "órganos revolucionarios" tenían realmente el derecho de disponer en absoluto sobre la vida de los ciudadanos, de tomar rehenes, de decretar requisas y contribuciones. Posteriormente su actividad fué más o menos centralizada.

La revolución de octubre trajo consigo una completa disolución de la policía criminal y exterior, de las autoridades judiciales y de investigaciones. Pero los criminales comunes aumentaron de día en día. Además, se produjeron contravenciones banales contra el orden revolucionario. La tcheka se hizo entonces cargo en parte de las funciones de policía, de juez de instrucción, hasta de juez forense. No hubo ninguna contravención, ningún delito más que no cayese bajo la competencia de la tcheka. La fórmula universal era, y lo es aun hoy: ¡contra-revolucionario! Como delinquentes contra la revolución fueron juzgados asesinos falsificadores y hombres que habían sido víctimas de los falsos monederos, especuladores de pequeña categoría, fabricantes de bebidas espirituosas. Precisamente con los contrarrevolucionarios, es decir, con gentes que querían liquidar a los bolchevistas, tuvo muy poco que hacer al principio la tcheka. Los revolucionarios de octubre no estaban ellos mismos seguros. Tan sólo paulatinamente advirtieron que la situación política externa e interna les era favorable y comenzó entonces la lucha contra todos los que pensaran de otro modo, el sanguinario terror político. En la historia de la tcheka, de más de seis años, hubo después fases diversas — no faltaron ensayos de quebrantar su omnipotencia, de privarle del derecho de juzgar por vía

administrativa —, y temporalmente se consiguió eso en parte. Pero al instante volvió a recibir una parte de su vieja soberanía. En más de un concepto ha reducido por sí misma su actividad. Mencionemos aun que tiene a su disposición un cuerpo militar especial.

Los tchekistas y sus métodos de trabajo.—

Entre los tchekistas que realizan las investigaciones había muy pocos anteriores revolucionarios — a menudo hasta les estaba prohibido todo contacto con la tcheka. Más comunistas nuevos los había en los órganos ejecutivos de la tcheka, — no raramente eran obreros ignorantes y extraviados, existencias fracasadas, no raramente también empleados de policía del zarismo, diversos elementos oscuros y otros por el estilo. El nivel moral de esos hombres era en sí y por sí muy bajo, la arbitrariedad que entraña en acción por la causa más mínima obraba más desmoralizadamente aun, los métodos que se aplicaban, tanto contra los delitos comunes como contra los políticos, hacían el resto. Los medios ordinarios no llevaban bastante rápidamente a los fines — *el espionaje y las seducciones* se pusieron por tanto a la orden del día. Para echar mano a supuestos bandidos, se perdonaba la vida a algunos criminales, se les incitaba a reunir todos sus anteriores camaradas y se les conservaba después a sueldo; lo mismo sucedió con los rateros, hasta con adolescentes. Para descubrir los especuladores se realizaban ventas ficticias por medio de agentes propios, se les proveía de brillantes, de dinero o de oro, que después debían ser negociados con determinadas personas. Para cazar los "contrarrevolucionarios", hasta se crearon organizaciones en diversas ciudades y en distritos enteros, se convocaron congresos, etc. — esos métodos de lucha prosperan en estos momentos más que nunca; lo demuestran el desembarcamiento del provocador Selgetzki y los descubrimientos del tchekista Bepalon. El principio era conseguir bajo todas las circunstancias la cooperación de los presos, prometiéndoles la vida y la libertad; las mujeres además debían comprarse la vida mediante otros servicios. Pero como los arrestos eran cada vez más numerosos y el temor a ser fusilados era algo más que imaginario, el número de los colaboradores fué tan grande y tan diverso que los variados oficios — abogados, médicos, ingenieros, sacerdotes, comerciantes, fabricantes, industriales, ladrones, rufianes, prostitutas y en especial damas *de-mi-mondains* — estaban representados. Ni siquiera los niños faltaron. No se pudo volver a tener confianza en el mejor amigo. Desde entonces ese sistema ha sido muy ampliado: la tcheka tiene sus individuos en todas las instituciones del soviét, hasta en las más insignificantes, en las Universidades, en las escuelas superiores, en toda fábrica, en toda casa, en los restaurantes, en los cafés. Cada comunista, cada miembro de la juventud comunista está comprometido a prestar servicios a la tcheka.

Los métodos de trabajo, en especial la provocación, la cooperación con criminales, la casta de los renegados tuvo por consecuencia una extrema desmoralización, una corrupción y un campo para el soborno, sin precedentes. El tchekista de ayer, que firmaba sentencias de muerte, se convierte mañana en víctima del verdugo. Así terminó, por ejemplo, el jefe de una división de la tcheka panrusa, Rosenthal, que hizo vender provocación y medio de sus agentes de provocación y se retuvo una parte del producto para sí; fué ajusticiado junto con las víctimas de su actividad; así terminó también el vicepresidente de la comisión de control de la tcheka. Los procesos de los tribunales, que tienen por objeto los más bajos de los crímenes: violación de mujeres, estafas, etc. están hoy a la orden del día. La tcheka se convirtió en plaza de deportes para los peores elementos de los llamados comunistas, en campo de acción para los psicópatas y degenerados. Lo que a todo comunista honesto en Ru-

sia — pues también hay tales — llenaba de un cierto asco, hay que tenerlo presente si se quiere comprender la actividad de la tcheka de hoy, que se llama G. P. U. — policía política del Estado. Todavía hoy compete a la tcheka la investigación en los grandes procesos de moneda falsa. Tiene además el derecho de fusilar por causa de robo y fabricación de moneda falsa. Pero el dominio principal de su actividad está en este momento en la lucha contra los que piensan de otro modo a como prescriben los comunistas. Y en ese dominio se lleva la provocación al grado más floreciente. Pero la actividad de la tcheka no se limita sólo a Rusia.

La Tcheka rusa en el extranjero.—

Desde que se constituyó en el extranjero una gran emigración rusa, era natural que los órganos de la tcheka instalasen también allí sus filiales. Estas se encuentran en todos los grandes centros y están integradas a la representación política de la Rusia de los soviets. En Riga y Reval, en Kowno y Varsovia — los Estados limítrofes son particularmente preferidos por los tchekistas —, en Berlín y Praga, en París y en Londres — en todas partes tiene la tcheka sus agentes, sus ojos y sus oídos. No hace mucho todas las organizaciones extranjeras de la tcheka fueron disueltas y reformadas. La división extranjera de la tcheka panrusa, — la misma sección que tuvo a su cargo en su tiempo en Moscú la vigilancia del representante inglés Johnson, — envió no hace mucho una circular a todos sus emisarios extranjeros, estableciendo nuevos principios y nuevos salarios. Los últimos ascendían por lo menos a diez veces el salario de un obrero; respecto de los primeros, recomendaba el reclutamiento de agentes en todos los oficios y capas de la población de los rusos que viven en el extranjero, explotando su *penuria material*, — así se lee textualmente en la circular, — especialmente entre las mujeres. No sólo debían ser vigiladas las organizaciones contrarrevolucionarias, sino también, según el caso, fundar tales. Se consiguió también introducir sujetos en todas las organizaciones de emigrantes, sociedades culturales y otras. Existen pruebas: así por ejemplo un empleado del periódico ruso *Golos Rossijs* hubo de ser despedido; un empleado del *D. N. I.* fué despedido en ocasión que pretendía apropiarse de ciertos documentos. Luego ese señor — de nombre Jermolayev — dió una entrevista sobre su actividad en la redacción del *D. N. I.* a la *Gazeta de Peterburgo*. Los tchekistas tuvieron también su mano en el robo de los documentos en la habitación del teniente coronel monárquico Freberg; igualmente en el robo de documentos del llamado centro administrativo de París, que desempeñaron un papel tan grande en el proceso contra los socialistas revolucionarios. Los socialistas revolucionarios de Praga son severamente vigilados. Lo interesante es que el jefe de la policía política soviética en Belgrado es el famoso ex general de la gendarmería zarista Komisaroff. Pero las observaciones de la tcheka no se limitan sólo a los emigrantes. Todos los ciudadanos de la república soviética que reciben permiso para salir al extranjero, son estrictamente vigilados; hasta los músicos y los comediantes — a quienes no está permitido expresar su arte en salones "de las guardias blancas" —; pero los funcionarios soviéticos son los más observados. Temen mantener bajo ciertas circunstancias relaciones directas con sus conocidos: sus conversaciones telefónicas son espías. La lectura de las cartas enviadas a Rusia está en su gran prosperidad. Lo más divertido, y a pesar de Ben Akiba, la que no ha existido nunca, es que cartas que son dirigidas de un Estado extranjero a otro Estado extranjero, van a parar a Rusia. Que eso no es una casualidad sino un trabajo expresamente ordenado, lo prueba la circunstancia de que las cartas, lo mismo que la personalidad del autor y de las personas a quienes se dirigen, no son indiferentes para la policía política. El conocido socialista revolucionario Sensinoff, que vive en Berlín, ha recibido por vía de Moscú, una carta enviada por el secretario del comité neoyorkino de los socialistas revolucionarios. Una revista ilustrada, *Nasch Mir*, publicó el 26 de sep-

tiembre una carta de Grecia que en su camino a Berlín pasó por Moscú. Y el periódico *D. N. I.* publicó un caso en que una carta de la frontera polaca, de Olyk, llegó a su destino en Londres después de haber pasado por Moscú. Todas esas cartas llevan, además, el sello de Moscú, una hasta con la fecha del 25 de agosto. Tchekistas son, por lo demás, sin duda alguna, los empleados que figuran como porteros en las representaciones políticas y comerciales de la república de los soviets en el extranjero. Se advierte ya por la indumentaria, que recuerda la de los tchekistas de Moscú. Es evidente que la tcheka se sirve también de comunistas alemanes. Hasta fué publicada ya una lista secreta de ellos. Es igualmente comprensible que los tchekistas han desarrollado un papel importante en la preparación de los diversos motines. Y no es ninguna casualidad el que se encontrasen aquí distinguidos tchekistas en el tiempo en que se esperaban trastornos comunistas...."

## Páginas íntimas

Carta de Eliseo Reclus a los compañeros de "La Lutte Sociale", órgano comunista anarquista, Lyon

Compañeros, Me pedís algunas palabras de solidaridad para la obra que vais a emprender. Os la doy de todo corazón, aun sin haber leído vuestro programa. Sois anarquistas, comunistas, revolucionarios; eso me basta, porque podemos diferir en mil puntos de detalle, permaneciendo de acuerdo sobre el fin a perseguir: anarquistas, combatís todo poder, sea religioso, político o patronal; negais toda ley impuesta para no reconocer más que las leyes naturales que provienen del funcionamiento mismo de la vida; comunistas, reivindicáis para todos la propiedad detentada por los usurpadores, consideráis como vuestros los campos, las minas, las ciudades, los ferrocarriles, los navios, los depósitos y todo lo que contienen; revolucionarios, esperáis el momento de poner la fuerza individual o colectiva al servicio del deber y, en este período de preparación, hacéis labor de rebelión interior, desembarazándoos de todo prejuicio, desprendiéndoos de los viejos hábitos de la obediencia cobarde, de la beata resignación y del egoísmo vil.

Vuestro periódico es hecho para afirmar las convicciones y las voluntades; Salud a vosotros!

No hay necesidad de decir que no me pedís consejos, y yo no tendré la ingenuidad ni la arrogancia de dároslos. Hareis vuestro periódico como os convenga, conforme a vuestras ideas, a vuestro conocimiento de los hechos, a la energía de vuestra convicción, a la fuerza de vuestro temperamento y a las circunstancias, al medio especial en que os encontrais. ¡A cada luchador le corresponde combatir como mejor entienda, escoger su puesto de batalla y sus armas! La labor será tanto mejor cuanto más a gusto se la haga, de todo corazón, sin órdenes ni consejos molestos que priven de la libre iniciativa.

Todo irá bien, porque seréis sinceros. No tendreis que hacer política, que tramitar intrigas, ni que preparar juegos de báscula para engañar a los electores, ni amigos que colocar, ni protectores a quienes adular, ni mentiras que decir.

No teneis que substituir vuestro gobierno al de los otros; no procuráis derribar los amos para ponerlos en su lugar.

Cualesquiera que sean los cambios aportados por el tiempo en la evolución per-

sonal de cada individuo, ofreceis al menos la garantía de que os proclamais de antemano indignos y traidores si se os ocurriese jamás tomar para vosotros una parte de ese poder que combatís hoy bajo todas sus formas, y menos en los hombres que lo representan en su esencia misma. Proclamais que el poder es corruptor: al mismo tiempo, os colocáis entre los corrompidos si favoreciere la menor usurpación una sola línea de vuestro periódico. No hay término medio: "o anarquista o traidor", tal es el dilema en que estamos encerrados.

No dudo, compañeros, que libraréis el

buen combate, no sólo con valentía sino también con ese admirable espíritu de abnegación que ha hecho de la lucha de los periódicos anarquistas contra los tribunales de Lyon un espectáculo único en la historia de la prensa. Es por el carácter personal que se hace la verdadera propaganda. Las mejores ideas expuestas por impotentes o débiles parecen sin fuerza y sin virtud. A vosotros os toca ponerlas de relieve, hacerlas acoger de antemano con simpatía, gracias al impulso de vuestro valor, a la altura de vuestro pensamiento y a la dignidad de vuestra vida.

ELISEO RECLUS

Las Artes plásticas en el extranjero

Un grupo de artistas alsacianos

El regionalismo en arte no puede ser censurado, y a veces se debería alentar, porque en la infinita variedad de sus manifestaciones aporta un matiz nuevo y siempre exótico. Se ha discutido mucho esta cuestión, sobre todo en los procedimientos que sería necesario adoptar para llegar a una satisfactoria realización en este camino. Ahora, si el afán del color local es mero pretexto para acrobacia descriptiva, en desmedro del concepto universal que lo hace comprensible a todos los hombres debe censurarse, ya que fuera de las fronteras donde nació la obra, no será comprendida ni beneficiará a nadie. Algo de esto sucede en el teatro criollo, que por el calor que emplea y sus argumentos desmerece, yendo solamente de una provincia a otra de este mismo país.

Ghirardo, hace años, planteó este asunto. Decía que los escritores y poetas que emigraban al extranjero concluían siempre en cronistas de bulvar. El talento que poseían no les bastaba para que su personalidad se cuajase en una obra de hondos caracteres.

Hasta dónde tenía razón el poeta revolucionario, es algo discutible, dado que sobre métodos y prácticas para interpretar la realidad, nada hay aún escrito, que nos dé reglas estables y valederas para todos los temperamentos.

Turguenev confesaba que solamente novelaba con elocuencia y seguridad cuando se encontraba en París y evocando el

El regionalismo en arte halla su razón de ser en que cada criatura se asimila con más facilidad los elementos familiares a su espíritu que forman la trabazón de su vida, en vez de los extraños a su temperamento, sobre todo cuando se le aparecen de improviso y por primera vez. Así como un pintor es más expresivo al retratar un miembro de su familia o allegado, cuyas particularidades las absorbió lenta e inconscientemente en un proceso de asimilación espontánea, fallará y vacilará cuando un desconocido le manda confeccionar un retrato.

Los pintores más grandes del mundo fueron hijos genuinos de su época y algunos jamás perdieron la característica de la localidad que los vio nacer.

Si el nacionalismo y el imperialismo en arte son dos absurdos que no caben en la mente humana, se debe desear fervientemente que todos expresen, con las herramientas que puso en su mano la vocación, la peculiaridad que es el carácter dominante de su raza, de su país, hasta de su provincia, con un lenguaje universal. De esta manera existirá una sola tonalidad, que es la esencia del arte, con las más variadas y pintorescas modulaciones.

Estos pintores alsacianos que nos presenta André Salmon, cuya exposición se realiza en París, representan su comarca y cumplieron con el arte de todos los tiempos. Si en cada etapa de la civilización la arquitectura ritmó acordadamente con el paisaje y su fauna, y la pintura, así como la escultura, fueron la culminación de estos tres elementos, haciendo un todo indisoluble y orgánico, ahora, por ejemplo, esto no se realiza totalmente y todas estas partes marchan por vías diferentes, por su cuenta y riesgo.

Este excesivo individualismo hace a veces un poco monótonas las exposiciones, donde las maneras y los estilos se repiten sin cesar. Pero escuchemos a André Salmon, que también hablará del regionalismo en arte, con mucha más autoridad que nosotros, por supuesto.

"Es sin duda la obra de Ebel la más representativa de un arte y de un espíritu tradicional alsaciano, nutrida de los ensueños del Rhin y de las fantasmagorías cercanas al realismo de buen humor, que poseyeron los narradores nacionales, los grabadores de almanaque, los imaginistas del primer "Messager Boiteux". Son las viejas edades evocadas por sus telas que, con ese respo de su oficio y con su conciencia proba de artesano, reviven de manera esplendorosa. Sin esa posesión plena de sus medios, todas las audacias que cometiera serían peligrosas. Ninguno más capacitado que Ebel para ilustrar los "Cuentos Fantásticos", tan injustamente desconocidos, de esos dos realistas, Ermann y Chatrian, los Diekens alsacianos. Pero habría todo un estudio y muy serio para escribir sobre la cualidad profunda de su luz artificial, de su intensidad, en esa obra local, magnificada por la concepción.

Hans Haugs, conservador del Museo, es además, un pintor de ciudades populares. Sus composiciones no adolecen de lo excesivamente pintoresco de un pasado barroco, ni de las exageraciones góticas, ni un moderno y pueril boato. Sus aspectos de ciudades tienen su valor intrínseco por el vigor y, al mismo tiempo, por

una sensibilidad para marcar los acentos que hará más rica y expresiva la cadencia del cuadro. Por medios simples casi invisibles, Haug llega de este modo a lo fantástico. Yo insisto en la ligereza y síntesis de su dibujo y la levedad de sus sepias.



LUCIEN HUEBER Retrato

Con Hueber nos acercámbos al fin de la penetración del arte de Cézanne, por un pintor de Alsacia. Es que por leyes estrictamente simples, el genio del Ródano se enlaza al espíritu del Rhin. Se piensa en las palabras de Mistral sobre la paternidad de los dos ríos. En sus lienzos nada hay de ese entusiasmo ingenuo de algunos extranjeros imitadores de las imitaciones, que contravienen las leyes fundamentales del arte y de la naturaleza. Interiores, retratos, naturalezas muertas de expresión tan plástica. Llegan a su extrema madurez; obran estas, reconocidas por su particular dispersión insistente de los efectos que se unen a un punto luminoso, que es todavía un centro plástico.

Apasionado por el *peinturismo*, Welsh traduce hasta un cierto punto el espíritu que caracteriza al alsaciano, el espíritu aventurero inquietado por el ansia de llegar a establecerse en determinado sitio, que nunca encuentra. Así, este artista, descubrió una Argelia que no conocía Fromentin. Welsh se afana por construir según el rigor de esos modernos revolucionarios que los sostenedores del post-impressionismo acusaron de restaurar la Escuela, es decir, la Academia. Pero Welsh, rebelde a todos los dogmatismos, nada quiere sacrificar a la flujidez de su temperamento.

A estas fluides sostenidas por la composición, se opone la tierna severidad — si se puede decir así — de Schenckbecher. Paisagista y pintor de naturalezas muertas, es el intérprete de esta melancolía moderna, tan dolorosa a veces, pero tan segura de ella misma que nunca puede confundirse con la "morbidez" romántica, que jamás encontró su verdadera representación plástica. Una delicada floración en una ventana, frente a un paisaje, es para mí una de las obras más logradas de Schenckbecher.

Kamm pudo muy bien figurar con honor entre los pintores del grupo de Charles Guérin, cuando éste comenzaba a imponerse. Después que el pintor aseguró sus medios, que son los adecuados a su oficio, apareció el poeta entenebrecido de la vida alsaciana, felizmente alejada de toda propaganda provincialista. Escenas rústicas especialmente, un "Repas des



A. UTTER — Un puente

paysans" — la comida de los campesinos —; la dignidad del tema domina lo que es pintoresco demasiado inmediato. Del pintor se debe estimar la frescura del empuje, la audacia de los contornos y la feliz disposición decorativa de los fondos.

Si la victoria nos devolvió a Simón Levy, ella nos restituyó a Alsacia el montañés André Utter. Le conocí como un Benjamín de las "fieras" — artistas avanzados — cuando Picasso vivía sobre la "Butte". Utter meditaba, evocando, con los pinceles en la mano, "Un joven filósofo" de Cézanne. Famoso entre los parisienses, me excuso de presentarlo. Pero Simón Levy, siendo de los nuestros, es el introductor de la provincia cautiva, y un pintor sutil y ardiente que nos revela todos los tesoros de su paleta.

Una intuición femenina debía completar y enriquecer este conjunto de arte alsaciano. Mme. Krugell, si tiene la tonalidad primaveral de Renoir, se beneficia todavía de la geometría de la era cubista. Pero al componer deliberadamente y construyendo con solidez, ella alcanza en algunos retratos ese punzante realismo psicológico que existe en el fondo de su raza.

La voluntad que preside a esta reunión de artistas alsacianos de un eclecticismo agradable, será fecunda. Una escuela alsaciana florecerá dentro de poco.

CRITICA LITERARIA

Una negación más. La cosa no es para ponerse triste y, sin embargo, tiene la cara de un sauce. No creemos que se pueda caer en la ingenuidad de creer que una negación vaya a sorprender a nadie; aquí no hay crítica, y menos literatura.

Cuando algún escritor va a manejar la pluma en calidad de crítico, se hincha desafortunadamente. Esta hinchazón no es fecunda como la del vientre de la mujer, sino todo lo contrario, es maligna, es patológica, como esos tumores hidrocefálicos de los hombres de cabeza voluminosa, pero aguada.

El similitud que corresponde a esto es el de la segunda esposa de Felipe II. A esta señora se le llegó a aumentar el volumen abdominal hasta el punto de hacer concebir esperanzas de fecundidad. Luego resultó que se trataba de un tumor maligno. Tal acontece con la crítica argentina; es infecunda, aunque se hincha desmesuradamente.

Un vulgar emborrador de cuartillas, no ya sin talento, sino sin ganas de tenerlo, es decir, sin fervor ni cultura, lanza al mundo de los mamotretos un conjunto de páginas, que se llama, por costumbre, libro. Luego lo manda a los amigos. Si el hombre en cuestión promete... tener influencia y pagar en reciprocidad, el vientre crítico del amigo comienza a hincharse. Estamos en perspectiva de bombo. Otras es el lazo afectivo que produce el bombo. Pero, ni aun en este sale bien parada la amistad. Lo natural es que una buena amistad en vez de cegar y engañar a una de las partes, aclare, pondere, guíe, ayude, enseñe. Sucede lo contrario. Diríase que un odio subterráneo preside estas relaciones de amistad. Hay críticas que parecen escritas, no por un hombre leal que trata de comprender y valorar una obra, sino por un enemigo avieso, que cubre con la capa del elogio el más absoluto desprecio.

Así, si se trata de un cronista que ha coleccionado la repostería de su literatura, se dirá de él que es gracil, alado, brillante, reluciente; si de una novela, que es psicológica, interesante; si de un mamotrete, que tiene erudición pasmosa, cultura oceánica. Y nada tiene de extraño que, a tiempo de escribir, diga el ditirámico, en la redacción, que la obra es una idiotez.

No hay crítica. Los autores sinceros consigo mismos debían pediría. Debían organizar una cruzada contra la mampostería de bombos. En estas circunstancias el silencio o la censura son quizá el máximo elogio que puede obtener un autor. No inspirar afecto compasivo o mover la indolencia de modorra es un triunfo que no todo el mundo puede alcanzar.

E. K.

DIORAMA ARTISTICO

Las diez heregias de la arquitectura moderna

Parece que los arquitectos ingleses, —por no decir los arquitectos de todas partes y hasta los de aquí,— hallaron, por fin, quien, con un ingenio diabólico y una visión clara de lo que debería ser la arquitectura moderna, les ha dicho cuanto se merecen, escogiendo, con sabrosa salacidad, los epítetos que mejor cuadran para calificar los innumerables adioses que jiban las urbes finiseculares que, — nos homínuculos, — habitamos.

El ataque fué llevado a cabo en toda regla, con saña e intenciones de largos alcances, en los propios cuarteles generales del enemigo, es decir, en el "Royal Institute of British Architects" de Londres.

El conferenciante lo fué el pintor Roger Fry, quien empezó su disertación con el siguiente apólogo de una humildad compungida y cuyo tono de confesión plenaria no pudo, sin embargo, engañar a nadie. Helo aquí en substancia:

"Ante todo, señores, es necesario que os advierta que, a pesar de hallarme en mis cabales, vengo a ofrecermos en holocausto: como inermes cordero votivo, como inocente recental que abre los ojos a la luz primera, vengo a metarme en las fauces del lobo. Ya habréis sospechado que el cordero soy yo; y ustedes, las fieras: mi cara de víctima, por otra parte, ya os lo habrá dicho. Sé que, antes que el sacrificio sea consumado, por una hora o quizás más, se me permitirá balar, — cosa que procuraré hacer lo más armoniosamente posible; pero también sé que estos balidos nada significarán y sólo son una de las tantas partes decorativas del ritual que, apenas, si servirán para retardar, por muy poco tiempo el instante en que seré descuartizado con cruel alegría y devorado sin compasión: Para eso vine... Que así sea... Amén. Señores, permitidme entonces, que siga bañando..."

Dicho esto, el conferenciante, con un valor y una arremetida más leonina que corderil, procedió a propinarles un concienzudo vapuleo a sus colegas... Y tan concienzudo fué, que según "The Spectator", "such a trouncing as was rarely never before heard within the sheltering walls of its very citadel". Condenó sin remisión al moderno arquitecto y a todas sus obras. Indicó sus errores más nefastos y sugirió en qué forma podrían remediarse.

Sus puntos de vista están, en cierto modo, compendiados en este decálogo que nosotros titulamos "Las diez heregias de la arquitectura moderna". Heregia 1.a — Hemos substituido el noble arte de la arquitectura por el arte banal de erigir edificios emperifollados de acuerdo con la moda del momento.

Heregia 2.a — Este fenómeno por desgracia es inherente a todos los países que se dicen civilizados. Pero todavía en la falsa arquitectura de la moderna Europa, los ingleses se distinguen por carecer del sentido de las proporciones.

Heregia 3.a — A veces se distinguen también por su "buen gusto"; pero este buen gusto es necesario interpretarlo en un sentido social antes que como una virtud estética.

Heregia 4.a — Es que hay dos clases de belleza en un edificio: 1.a, la que se puede llamar belleza natural, que siendo la belleza de una locomotora o de una pantera, es el resultado de una clara expresión de sus funciones; 2.a, belleza estética, que es el resultado de la clara expresión de una idea. Nosotros suponemos darnos tanta maña, arreglarnos de tal modo, que ninguna de estas dos bellezas se encuentra en nuestros edificios, por más que se las busque.

Heregia 5.a — La belleza estética de un edificio es esencialmente la misma que la de una escultura. Y es el resultado natural de la clara y elocuente expresión de una idea plástica. Casi nunca hubo aquí una arquitectura estética, así como nunca hubo en Inglaterra una verdadera escultura.

Heregia 6.a — Nuestra arquitectura parece que no tiene por misión expresar

ideas prácticas, sino ideas histórico-sociales.

Heregia 7.a — Ideas basadas sobre los médanos fangosos de un snobismo social.

Heregia 8.a — Por otra parte, los vicios de la moderna arquitectura inglesa, son las jibas tradicionales de la arquitectura de Inglaterra de todos los tiempos. Las condiciones modernas sólo provocaron su erupción. Hoy esas jibas están a plena luz.

Heregia 9.a — Las condiciones modernas y la ciencia de nuestros días pusieron en mano de los arquitectos una de las más grandes oportunidades que haya registrado la historia del mundo. Pero los arquitectos las desafiaron o no las desafiaron, pero no supieron aprovecharlas, que es lo mismo.

Heregia 10. — Esto, en gran parte lo fué por culpa exclusiva de ellos. Sea dicho en honor a la verdad.

Más adelante, puntualizando las fallas de los ingleses como arquitectos, dijo estas palabras:

"Respecto a la carencia de un sentido de las proporciones, Ruskin ya una vez dijo que los ingleses siempre construyeron casas más bien para topes y ratones, que para hombres. Parece que en arquitectura somos incapaces de un gesto libre, independiente o generoso. Somos mansos, tímidos y meticulosos. Nos ensañamos finiquitando los detalles con visión de miopes. Nos empequeñecemos,



—Nuestros compañeros trabajan nuevamente. —Si, terminó un periodo de hambre comienza otro.

nos escatimamos y nos retorcemos para escamotarnos. Pero hemos inventado la manera de quitarle los cantos a las esquinas, — "the cosy corner" — y los rincones agradables y amables son las características de nuestro edificios. En el reino esplendoroso de las formas imaginativas nosotros, la gran raza imperialista y aventurera, aparecemos como una raza que vive de prestado, furtiva y sin relieve".

Luego, el disertante, emitió su opinión sobre la arquitectura de los franceses. Dijo:

"Por otra parte, ellos, han logrado desarrollar lo que yo llamaría la cruel eficiencia, llevando a su último límite ese gracil e implacable chic de la Ecole des Beaux Arts: un instrumento que se adapta perfectamente para reemplazar la inspiración y la sensibilidad y que únicamente propicia el advenimiento de una mediocridad brillante, llena de suficiencia".

El señor Roger Fry termina de balar o rugir su conferencia con palabras que no son todo lo pesimistas que era de esperarse por el introito. Como artista de raza, tiene fé en el porvenir y en el autocrítico de nuestra época. Opina que concentrando los esfuerzos de nuestra

voluntad en aquellos defectos que, por haberlos heredado con las costumbres, se han hecho no sólo tradicionales, sino instintivos, quizás podamos desembarazarnos de ellos cambiando nuestro carácter. Solamente que cabe recordarle a Roger Fry que ya alguien dijo que un tigre puede librarse de la jaula, pero no de su piel manchada. Roger Fry, por otra parte, confiesa también que se sabe víctima de una fe quizás absurda, vesáni-

ca para los demás hombres: fe que consiste en creer que la depuración estética es tan importante para el género humano, como lo puede ser la búsqueda incesante de la verdad.

En cuanto a nosotros, no le pediremos a los argentinos que crean en ese ideal de depuración estética, porque sería tan inconcebible como pedirles que creyesen en el vuelo de los elefantes.

En torno al significado del arte

Apostillas a un comentario

Cerrando la serie de consideraciones puestas a modo de introducción a mi ensayo sobre el significado del arte aparecido en el número 154 del SUPLEMENTO, he de decir que si se logra apurar el sentido natural e íntimo de mi pensamiento sería imposible refutarlo. Y la verdad de ese aserto, teóricamente demostrado entonces, acaba de obtener por obra y gracia de un comentario inserto en el número próximo pasado de la querida hoja que proclamó mi pensamiento, una confirmación práctica cabal. Pues basta la simple lectura del comentario en cuestión para darse cuenta que todas sus objeciones, si objeciones he de llamar a las observaciones esencialmente verbales que contiene, se originan en una estridente incomprensión de cuanto dije. Me explico:

Después de leer con "profunda atención" mi artículo, el camarada At se encuentra con que no sabe a qué atenerse en orden a mi actitud mental respecto al arte y al problema estético en general.

de su contenido y alcance, por la delimitación de su esfera de abaricación real.

En mi ensayo he empleado la forma de definición implícita, y como es esa una manera menos vulgar de expresión y que exige del lector cierto grado de reflexión, el comentarista no acertó de momento, titubea, vacila, y esa su propia vacilación la atribuye, por un fenómeno psicológico fácilmente explicable, a la vaguedad e indecisión de mi pensamiento.

Todo mi artículo no es otra cosa que una crítica a esa pseudo tendencia filosófica que se formula con el lema, contradictorio en sí mismo, "el arte por..."; qué sé yo por qué? — por cualquier cosa menos por el arte. Esto es elemental en mi trabajo y su comprobación no requiere ninguna sagacidad ni inteligencia. Y sí, como es evidente, todas mis ideas y argumentos tienden a desvirtuar esa falsa interpretación, ¿no me defino con eso, implícitamente, abogado de la única tendencia estética razonable, justa, incontrovertible, que sintetiza el enunciado "el arte por el arte"? ¿Con qué justicia, pues, se me dice vago, indeciso en mis definiciones?

Comentando el camarada At mis ideas sobre la necesidad "de separar teóricamente el elemento intelectual y moral del contenido estético de una obra, dice:

"¿Cómo reducirémos a un creador y las creaciones del espíritu a un determinado casillero?"

Qué cosa quiere decir el articulista con esas palabras, es asunto que, francamente, no acierto a precisar. Pero si en esa frase debo leer que no es posible separar el hombre de su obra, le diré, con todo el respeto que me merecen los hombres, que a semejanza de Tolstoy y tantos otros, se equivoca de medio a medio, porque sin esa separación se torna imposible la justa apreciación artística de las obras, ya que entre el creador y su obra no siempre hay identidad o correspondencia. Y cito el caso de Poe, Verlaine, Baudelaire, etc., etc. ¿No está presente en la memoria de todos los que han leído el libro "¿Qué es el arte?" de Tolstoy, la sarta de artificialidades y de observaciones verdaderamente antifilosóficas que este genial artista hilvana a propósito de la obra poética de los dos últimos no menos geniales artistas nombrados? ¿Y qué le condujo a Tolstoy a esas desastrosas conclusiones sino el hecho de partir en su crítica de ese concepto *libido* y no *orgánico*, que supone al creador inseparable de sus creaciones? Pero ¡ay! no podía ser de otro modo. Siempre que se razona partiendo de un *a priori* se llega a conclusiones necesarias, dogmáticas, obligadas.

"Es posible que no haya más poesía en la obra científica de un Ameghino que en cualquier poema de fuste y de lustre. ¿Y el entomólogo Fabre acaso en su género no es un poeta?"

Ignoro a qué parte de mi ensayo responde el comentarista al aducir esos ejemplos. ¿He dicho yo acaso que en la producción del entomólogo Fabre, o en el mármol de las obras científicas de cualquier otro inquisidor de la naturaleza no puedan señalarse vetas de rica poesía, lunares y sellos auténticamente artísticos? De ninguna manera. Lo que yo he dicho y lo sostengo con fervorosa convicción, es que es necesario, indispensable, vital, separar teóricamente la belleza artística del ideal moral y la verdad científica. Pero el camarada At se resiste a digerir este mi criterio reticulado contra el que es preciso reaccionar, porque, son sus palabras, intenta fragmentar lo que es indisoluble y orgánico.

¿Indisoluble? ¿Orgánico?

El carácter específico del organismo es la unidad. Y el arte, la moral, la ciencia y la filosofía, son unidades si se consideran aisladamente, pero si no se separan forman una agrupación heterogénea. El autor debió decir que mi criterio tiende a fragmentar lo que es sintético. Esto es más justo. Pero he aquí que es imposible alcanzar el conocimiento de la generalidad de la síntesis, sin el conocimiento previo de los particulares que la integran. Del enlace del arte, la moral, la ciencia y la filosofía, puede concluirse una unidad, pero una unidad sintética, no orgánica.

BIBLIOGRAFIA

CARTAS DE LA PRISION, Por R. Flores Magón.—

Un grupo de México (dirección: N. T. Bernal, Apartado postal 1536, México, D. F.), el mismo que nos ha ofrecido ya varios interesantes volúmenes de trabajos de R. Flores Magón, prepara actualmente tres volúmenes de la correspondencia privada del gran revolucionario mexicano, escrita durante su estancia en la prisión de Leavenworth, Kansas, donde fué asesinado en noviembre de 1922. Esa correspondencia, sin pretensiones literarias y sin la preocupación de dejarla a la posteridad, contiene interesantes sugerencias y nos hace penetrar en el espíritu íntimo del creador de "Regeneración". Tomamos al azar una de las cartas que compondrán el primer tomo:

(Traducción del inglés.) Penitenciaría Federal de los Estados Unidos. Leavenworth, Kansas.— Noviembre 17 de 1920.

Sta. Elena White. — Nueva York. Mi querida camarada:

Te escribo con un sentimiento cercano al remordimiento. Me has escrito tres cartas: una el 26 de octubre último y dos más el 6 y 7 de este mes, respectivamente. Y es con mi carta de dos páginas con la que me veré obligado a contestar la abundancia de dulces sentimientos y bondadosos pensamientos, que has desencadenado para mi satisfacción y delicia...

Entiendo perfectamente, querida camarada, tu impaciencia por la lentitud con que transcurren los acontecimientos. ¡Estamos tan sedientos y tan hambrientos de lo que el futuro nos reserva! Pero ¿cuántos somos los que sentimos verdadera sed y hambre aguda de ello? Sólo unos cuantos; sólo los que saben que el presente estado de cosas no es permanente, sino una simple escena de la miríada de actos de la tragedia de la vida, y que hay más escenas y más actos por representar. Y somos tan pocos, que nos vemos forzados a sufrir las impacientes miradas, miradas y miradas a la misma cosa, hasta que nuestra impaciencia — porque la impaciencia es contagiosa — infecte a otras gentes y despierte en ellas la misma sed y la misma hambre que nos affige a nosotros. Entonces, y sólo entonces, cambiará la escena; la rapidez del cambio dependerá de la suma de las migajas de pan disponibles para llenar los estómagos; mientras más pequeña sea la cantidad, más rápido será el cambio.

Es triste referir esto, pero es la verdad. La dignidad humana y el orgullo humano... palabras, palabras, palabras, como decía el genio de Shakespeare. Es el estómago el que gobierna hoy, tan poderosamente como cuando nuestros antepasados vagaban en la selva. Todavía no somos el tipo del hombre: somos el eslabón entre el mono y el hombre. Porque ¿en dónde está la dignidad de que blasfemamos tanto? Un hombre, o un grupo de hombres, pueden tener bajo su dominio millones y millones de los llamados seres humanos; él puede someternos a todas las indignidades imaginables e inconcebibles; puede dictarnos lo que han de hacer y lo que no; puede inmiscuirse en los asuntos privados y más íntimos del individuo; puede hasta prescribir lo que se ha de decir y lo que se ha de pensar... y todos deben someterse, todos deben deponer gustosamente su dignidad, su honor, su orgullo, su libertad, con sólo que se les permita obtener la porción de migajas que les tiene designadas... ¿No es esto ser simplemente un animal? Pero el tirano debe tener cuidado que no disminuya la cantidad de migajas. Unas cuantas migajas y vistas

cinematográficas conservan en nuestros días la sumisión de las masas, tan efectivamente como el pan y el circo aplacaban la furia esporádica de la plebe romana. Así, pues, debemos ser pacientes, querida Elena, y esperar que la escena cambie. No tenemos que esperar mucho, como que las migajas están mermando, y mermando y mermando, y en razón inversa, el número de los afligidos con nuestra sed y atormentados con nuestra hambre y nuestro anhelo, está creciendo, creciendo, creciendo; en presencia de este hecho, desde las profundidades de mi sér, brota un suspiro de alivio: ¡es la esperanza!

Veo con terror, querida camarada, que sólo me quedan unas cuantas líneas y son muchos los puntos de tus amables cartas a los cuales quisiera referirme. Tengo tantas cosas que decirte referen-

tes a mí mismo, a mis pensamientos, mis sueños y mis sentimientos, y cómo se estrema todo mi sér bajo su influencia y cómo mi sangre se precipita en mis arterias estimulada por su calor; pero no puedo decir todo en estas dos páginas y, por lo tanto, sufro la doble tortura de maltratar mi cuerpo si me muevo libremente dentro de mi estrecha celda, y lastimar las alas de mi mente si trato de extenderlas más allá de los límites de una carta de dos páginas.

Escribeme cartas largas, muy largas, mi querida Elena, y tan seguras como puedas. Tus cartas me alegran. Si los editores me envían directamente "Freedom" de Londres, me llegará seguramente.

Mi cariño a Erma, a todos los camaradas y a ti, mi buena amiga.

RICARDO FLORES MAGÓN

IDEALES Y REALIDAD EN LA LITERATURA RUSA. Literatura política - Crítica de arte - Novelistas del último período

(Conclusión)

Además, un artista tan subjetivo como VSEVOLOD GARCHIN (1855-1888) que pasó como un meteoro en la literatura rusa, puede servir como confirmación a lo que hemos dicho. Su naturaleza maravillosa, delicada y poética, fué tronchada por las contradicciones de la vida, que en aquellos años era demasiado ruda. Nació en la Rusia sud-occidental, estudió en Petersburgo y a los diez y nueve años entró en el Instituto de Mineralogía. Desde temprana edad demostró una extraordinaria impresionabilidad, leía mucho, y ya antes de haber terminado la escuela media fué internado en un hospital psiquiátrico. La rebelión de los esclavos de 1876 y la guerra de 1877 hicieron desviar su ruta. Él, que había adoptado una actitud crítica frente a la guerra, fué arrasado hacia los siervos revoltosos, y apenas fué declarada la guerra a Turquía, en abril de 1877, decidió que su deber sagrado era soportar junto al pueblo todo el peso de la tempestad y de la miseria unidas. Inmediatamente se hizo voluntario y se dirigió a Kischiniov y después de algunos días inició la campaña con su regimiento que se movía hacia el Danubio. Hizo toda la campaña a pie, rehuyendo todas las comodidades que los oficiales le ofrecían.

Durante la guerra escribió su primer cuento, de extraordinario valor artístico: Los cuatro días (de un herido), que inmediatamente atrajo la atención sobre el joven escritor. En agosto fué herido: una pierna perforada por una bala de fusil. Como la herida tardaba en curar, se retiró del ejército. Volvió a Petersburgo, e ingresó en la Universidad, donde comenzó a prepararse seriamente para la carrera literaria.

En estos años escribió algunos cuentos, tan artísticamente tejidos, que desde el punto de vista poético sólo pueden ser parangonados a los cuentos de Turgueniev y en parte a los de Korolenko. Pero dada la delicada, impresionable y sensible naturaleza de Garchin, cada una de sus producciones literarias fué escrita con sangre y con lágrimas: "Haya salido bien o mal el cuento — decía en una carta — es una cuestión secundaria; pero sí digo que escribo en realidad solamente con mis propias nervios, y que cada letra me cuesta gotas de sangre, no peço de exagerado". La vida interior de Garchin no la conocemos: "... muchas circunstancias de su vida permanecen en la sombra — dice Skabichevski — y su biografía completa se puede sólo encontrar en un futuro más o menos lejano". Pero es indudable que la lucha política terrorista, que por entonces tenía lugar, se reflejó penosamente en él, atormentando profundamente su delicada e impresionable naturaleza. En 1880, después del atentado de Modiezki contra Loris-Melikof, cuando el primero fué condenado a la horca en el término de 24 horas, Garchin se llegó de noche hasta el "dictador", insistiendo para que la condena no se llevara a cabo. Después de esto, hondamente conmovido, se dirigió a Moscú, vagabundeando por la Rusia central, desapareció, y cuando se le volvió a en-

contrar, fué preciso reinternarlo en una casa de salud como enfermo del cerebro. Pero su locura no consistía en una completa pérdida de la conciencia. Continuó atormentándose siempre con los mismos problemas de la felicidad humana, de los medios para conseguirla, y su impresionante cuento La flor roja, donde un loco hace esfuerzos inverosímiles para huir a la vigilancia de sus guardianes, romper sus cadenas y aniquilar la flor roja — causa de todos los males — es una página de su propia vida.

En 1882 curó y volvió a Petersburgo. Se casó, pero cinco años más tarde volvió a recaer y esta vez más gravemente; a principios de 1888 se suicidó.

Los cuentos de Turgueniev están satirados de poesía; cualidad característica también de los de Garchin; la misma extraordinaria armonía de construcción. El autor se refleja en ellos, pero sólo a la luz de una tranquila melancolía, y si una vez se han visto los bellísimos retratos de Garchin, no es posible apartarse ya de la melancólica expresión de sus miradas.

Al cuento Cuatro días siguieron algunos otros de guerra: Cohorte, Recuerdos del soldado Ivanof, Cuadros de guerra, los tres extraordinariamente geniales.

En Garchin, como en Turgueniev, vivía, sin duda, un artista-pintor, junto al artista-literato; aquél siguió, en efecto, siempre con amor la pintura rusa, escribió magníficas crónicas de las exposiciones y practicó siempre con pintores.

Los más perfectos y psicológicamente profundos de sus cuentos son: Nadejda Nikolaevna y Artistas, ambos nacidos de la vida de los pintores. En estos cuentos Garchin reflejó dos importantes corrientes de su época. Rabinín, a despecho de todas las tradiciones académicas, pinta "El urogallo" — obrero sobre el pecho del cual, en una herrería, introducen clavos de caldera —, y después de haber hecho un maravilloso cuadro, abandona la pintura y se hace maestro de aldea. Otro artista pinta, tomando como modelo a Nadejda Nikolaevna, "Carlota Corday"; pero involuntariamente se pregunta: ¿no ha sido puesto el nombre de la girondina francesa — instrumento de la reacción — en el lugar de otro nombre, de un nombre ruso?

Por la profundidad y delicadeza del análisis psicológico, por la belleza de la forma, por la elaboración de los detalles y por la impresión general del conjunto, estos dos cuentos podrían ser ornamento de cualquier literatura.

Recordemos también una poética y magnífica fábula: Ateas principes — la historia de una palmera, que se lanza, desde un invernáculo, hacia la libertad, y es por esto cortada. Por su forma poética esta fábula puede ponerse frente a las mejores de Andersen. En la literatura rusa junto a Kot Murzik (H. P. Wagner, nacido en 1829) hay también otras fábulas poéticas, pero son menos comprensibles a los niños que las de Garchin, que posea gran talento para escribir fábulas adecuadas a los niños, pero que emocionan también a los "grandes".

DIMITRI MEREJKOVSKI (nacido en 1866) puede servir de ejemplo para ilustrar las dificultades con que tropezaba un escritor, aun dotado de mucha más inteligencia que el común de las gentes, para lograr su pleno desarrollo en las condiciones sociales y políticas dominantes en Rusia, durante este período. Prescindiendo de su poesía, aunque también muy personal, muy suya, y tomando solamente sus novelas y sus artículos críticos, notamos que Merejkovski, después de haber tratado con cierta simpatía o por lo menos con cierto respeto a los escritores de la generación precedente, que habían creado sus obras animados por un entusiasmo hacia altos ideales sociales, poco a poco pone en duda estos mismos ideales, terminando después por despreciarlos directamente. Cuando vió que no eran de ninguna utilidad, comenzó a hablar cada vez más de los derechos soberanos del individuo, y esto no en el sentido de Godwin y de los otros filósofos del siglo XVIII y ni tampoco de la manera como los había concebido Pissareff cuando habló del "pensador realista". Merejkovski concebía estos derechos en el sentido — desesperadamente vago y si no vago limitado — que les había dado Nietzsche. Al mismo tiempo hablaba, en una forma siempre creciente, de "belleza" y de "adoración de la belleza", pero aun en este caso, no como los idealistas, sino con una concepción limitada, erótica, es decir, tal como la entendían los "estetas" del año "cuarenta".

La obra principal comenzada por Merejkovski ofrecía gran interés. Empezó una trilogía de novelas, en las cuales pretendía representar las luchas del antiguo mundo pagano contra el cristianismo: de un lado el amor y la comprensión poética de la naturaleza propia de los moderados y su celebración a la vida profunda y exuberante; del otro las influencias depresivas del cristianismo judaico, con su condena del estudio de la naturaleza, de la poesía, del arte, del placer y de la vida sana en general. La primera novela de la trilogía fué Juliano el Apóstata y la segunda Leonardo da Vinci. Fueron el resultado de un cuidadoso estudio del antiguo mundo griego y del renacimiento, y prescindiendo de ciertas debilidades (tales como ausencia de sentimiento real aun en la glorificación de la veneración de la belleza y cierto abuso de detalles arqueológicos), ambas contienen escenas realmente bellas e impresionantes. La idea fundamental — la necesidad de una síntesis entre la poesía de la naturaleza del mundo antiguo y los altos ideales humanitarios del cristianismo, produjo profunda impresión en los lectores.

Desgraciadamente, la admiración de Merejkovski por el "naturalismo" antiguo no fué de gran duración. No había escrito aun la tercer novela de su trilogía, cuando ya el moderno "simbolismo" y el misticismo comenzaron a penetrar en sus obras.

Puede parecer extraño a los lectores occidentales un cambio tan rápido en el modo de pensar de la sociedad rusa, cambio tan profundo que influenciaba directamente sobre el arte narrativo; un ejemplo es el que acabamos de citar. Esto era una consecuencia de la fase de la evolución histórica sufrida por Rusia. Un escritor de gran talento, BOBORIKIN, (nacido en 1836), ha hecho además objeto de sus novelas la descripción de los corrientes predominantes en la sociedad culta rusa, en su rápida sucesión durante los últimos treinta años.

La técnica de sus novelas es excelente; sus observaciones son siempre ciertas; su punto de vista personal es el de un espíritu avanzado y progresista; sus novelas nos ofrecen una pintura fiel de las tendencias preponderantes en un momento dado entre los "intelectuales" rusos. Para la historia del pensamiento en Rusia son de un valor inapreciable.

Algunos críticos han reprochado a Boborikin lo no haber distinguido suficientemente lo efímero de lo que es verdaderamente importante en los hechos de la vida descriptos por él; pero este reproche no es del todo justo.

El defecto principal de su trabajo se encuentra más bien en otra parte, y precisamente allí donde la individualidad del autor no se destaca. Es algo así como si presentase el caleidoscopio de la vida sin vivir con sus héroes y sin sufrir o gozar con ellos. El ha visto y observado detenidamente las personas que describe; el juicio que de ellos da es el de un hombre inteligente y de experiencia, pero ninguno

de sus personajes le ha producido tanta impresión que llegase a identificarse con ellos. De aquí que la sensación que dejan en el lector no sea demasiado profunda.

Uno de nuestros autores contemporáneos, también de gran talento, que ha publicado una cantidad estúpida de cuentos, es POTAPENKO. Nació en 1856 en la Rusia meridional y después de haber estudiado música, comenzó a escribir (en 1881). Bien pronto se hizo uno de los escritores preferidos del público y como tal ha quedado, a pesar de sus últimas obras, en las que se nota el trabajo hecho de

de sus personajes le ha producido tanta impresión que llegase a identificarse con ellos. De aquí que la sensación que dejan en el lector no sea demasiado profunda.

prisa y sin ningún cuidado. En medio de los colores oscuros que predominan entre los novelistas rusos, Potapenko es una feliz excepción. Algunos de sus cuentos están llenos de escenas comiquísimas, que obligan al lector a reír junto con el autor. Pero aun donde no se trata de escenas cómicas, sino de hechos tristes o trágicos, el efecto del cuento no es nunca deprimente — tal vez porque el autor no se aparta jamás del punto de vista de un satisficido optimismo. Bajo este aspecto, Potapenko es el polo opuesto de la mayor parte de sus contemporáneos y especialmente de Chejov. PEDRO KROPOTKIN

PAGINAS VIEJAS. EL ESTADO Y LA REVOLUCION

Le Réveil de Ginebra reproduce en uno de sus últimos números un fragmento de la serie de artículos de Arthur Arnould, miembro de la Comuna de Paris, publicados en 1877 en Les Droits de l'homme, y luego recogidos en volumen con el título L'Etat et la revolution. Queremos imitar a Le Réveil reproduciendo ese fragmento que nos muestra una vez más que nuestras ideas no son ya nuevas y que desde hace muchos años habían alcanzado un alto grado de desarrollo, en muchos aspectos todavía no superado. Dejemos la palabra a Arnould:

El Estado burgués.—

El Estado, por el órgano chabacano del señor Dufauré, gritaba un día, desde lo alto de la tribuna v. r. salles:

"El gobierno no está encargado del poder para la dicha y el bienestar de los ciudadanos. Su misión es mantener el orden y velar por el respeto y la aplicación de las leyes."

Nadie podría negar, en efecto, que no cumpla con ardor ese doble sacerdocio.

Mantiene el orden con ayuda de Nueva Caledonia y de los pilares de Sartory. Respeta las leyes del golpe de Estado y, en cuanto a las otras, las aplica o las ignora según su capricho, ladrando a los republicanos, moviendo la cola y haciendo el hermoso ante el padre Dulac... de tal suerte que nuestro pretendido gobierno liberal, constitucional y parlamentario, fruto de ochenta años de luchas gigantes en favor del derecho, podría dar puntos al absolutismo del sultán d. los turcos, del emperador de Marruecos o del rey de Dahomey, con la franqueza al menos y la agravación que, entre nosotros, los funcionarios en lugar de velar por la virtud de las odaliscas, con la cimitarra al cinto, velan por las libertades públicas, — con la policía correccional en el puño y el ejército en los dientes.

Por consiguiente he ahí el gobierno que no puede nada — según su propia confesión — en pro de la dicha y el bienestar del pueblo. Ahora bien, como, por otra parte, su misión es mantener el orden, — es decir decretar la inmovilidad a — y asegurar el respeto a las leyes existentes, — es decir, oponerse a las reformas, — se sigue de la manera más clara y más categórica que su única función consiste en impedir a los ciudadanos conquistar esa dicha y ese bienestar que él se declara, con razón, incapaz de procurarles.

En efecto, ¿quién podría oponerse a las reformas reclamadas por los interesados?

¿Los interesados? Eso es absurdo. Es bien cierto que cuando los trabajadores se quejan de la condición a que les somete el salariado, y piden una remodelación total de la legislación en virtud de la cual están sometidos al capital, — no son esos mismos trabajadores los que se oponen luego a la supresión de los artículos del código civil de los cuales acaban de pedir la abolición radical.

¿Quién, pues, dice entonces a los asalariados: — Vosotros permaneceréis asalariados? ¿Quién fusila, pues, a los reaccionantes, a los que luchan hoy, como luchaban ayer sus amos, por la conquista de una suerte mejor?

¿Quién? — El Estado. ¿Quién? — ¡El gobierno! El gobierno.

¿Cualquiera que sea!

No, — se dirá, tal vez. — Son los capitalistas, son los patronos, los burgueses, los hombres de las clases dirigentes, cuyo egoísmo se rehúsa a toda concesión y no puede concebir la dicha y el bienestar allí donde fueran el fruto del trabajo y del bien común, en lugar de ser el producto del azar o del agio, y el privilegio del más pequeño número.

Hay en eso, ciertamente, verdad; pero, sin embargo, los capitalistas son menos numerosos que los obreros, los explotados, los burgueses menos numerosos que los proletarios y los campesinos, los dirigentes menos numerosos que los dirigidos.

¿Cómo es pues que en todo conflicto entre unos y otros, son siempre los menos numerosos, es decir los más débiles, los que aplastan a los más numerosos, a los más fuertes?

¿Cuál es ese milagro? ¿De qué procede el que, contrariamente a todas las leyes de la naturaleza, el peso más liviano triunfe sobre el más pesado?

¿No hay milagro! ¿Está el Estado!

El Estado que blande su gran sable y hiende a los reclamantes, después envaina su tizona, se retuerce los mostachos y deja la palabra a algún abogado rtorcido y octogenario que declara que el gobierno no puede nada en pro de la dicha y el bienestar de los ciudadanos!

¡Perdón! — Es un ligero error. — Puede en pro de la dicha y el bienestar de los privilegiados, manteniendo sus privilegios por la fuerza, — y puede contra la dicha y el bienestar del gran número, manteniéndolo, por la violencia, en su esclavitud s.ular.

No os echeis, pues, sobre los capitalistas y sobre los privilegiados, como el toro que se arroja sobre el trazo rojo del matador sin ver la espada que le atravesará al instante.

Su mala voluntad es cierta, — pero imponente.

Solos, los capitalistas y privilegiados no podrían nada, ni para ellos ni contra vosotros. Suprimid la dictadura gubernamental y no habrá frente a frente más que hombres semejantes, más que fuerzas económicas cuyo equilibrio se establecería inmediatamente por una simple ley de la estática.

Aquí está el capital, allí el trabajo. Se necesitan mutuamente. Será preciso que se entiendan sobre la base de la equidad, porque el capital, no estando ya montado a la grupa de los gendarmes, y el trabajo, al no tener sobre él el caño de las ametralladoras, las partes se vuelven iguales y lo que deside es la justicia, la fuerza real que se encuentra de parte de los desheredados actuales.

No, ni los privilegios, ni las clases superiores, ni los capitalistas, ni la burguesía, — nada de eso prevalecería contra el buen derecho y las leyes lógicas de la economía social, sin la dictadura del Estado que no vive más que por la centralización y el unitarismo.

Que el Estado ceda a la autonomía federalista, y todas las malas voluntades, todos los egoísmos, no estando ya apuntaladas por las bigas gubernamentales caen en el polvo.

Es el Estado, únicamente el Estado lo que constituye vuestra debilidad y vuestra miseria, como constituye la fuerza y la presunción de los otros.

No puede resolver la cuestión social en vuestro sentido. — puesto que la ha resuelto ya en sentido opuesto, — y no os dejará nunca resolverla contrariamente a como él la resolvió, pues tiene la fuerza, por una parte, y, por otra, su misión es velar por el sostenimiento de las leyes existentes, que ha hecho de él y que constituyen su omnipotencia.

Sin duda — responderán algunos —, eso pasa con el Estado burgués, pero no será así con el Estado obrero. Es lo que vamos a ver.

El Estado obrero.—

El Estado, hoy, es el representante, el órgano de la dictadura de las clases dirigentes, es el Estado burgués, ¿sea!

Si mañana hubiese en lugar de caporales clericales y de abogados normandos, hombres imbuidos de las ideas más liberales, de las ideas más radicales, de las ideas más revolucionarias, — obreros mismos, si queréis, — ese Estado obrero, ¿sería menos un Estado?

¿El Estado sería menos dictadura? ¿Y la dictadura sería más apta para fundar la libertad y resolver la cuestión social?

No. — Jamás la dictadura, una dictadura cualquiera, representará al pueblo. Representa bien a la burguesía y a la clase dirigente, según dice.

Sin duda. Pero, ¿qué es la burguesía? Una oligarquía que tiene intereses propios, intereses particulares, en contradicción con el interés general.

Se comprende, pues, fácilmente que pueda encarnarse en un pequeño número de individuos, imponer una ley conforme a sus codicias, sin respeto por el derecho ajeno, y repartirse los buenos puestos de la sociedad, bajo la égida de un gobierno que representa exactamente sus pasiones y sus apetitos.

Toda oligarquía no puede vivir más que por la dictadura. — Es la dictadura misma.

¿Pero cómo queréis que la dictadura represente al pueblo, es decir a la universalidad de los intereses regulados por la justicia?

En realidad la dictadura no puede ejercerse más que por un número extremadamente restringido de individuos, y no puede subsistir más que a condición de una espantosa centralización que concentre en sus manos todos los resortes de la sociedad y todos los medios de acción.

Es pues absolutamente lo contrario del gobierno directo del pueblo por el pueblo, y por consiguiente expolia al pueblo.

Supongamos que sean obreros los que ejercen esa dictadura en beneficio supuesto de los obreros, socialistas en proveyocho supuesto del socialismo.

¿Qué habrá cambiado con eso? ¿Para qué confiar la solución del problema y el triunfo de vuestros intereses a alguien de entre vosotros?

¿Creéis que algunos obreros conocerán mejor la cuestión obrera que la clase obrera misma?

¿Quiénes sabrán mejor que la totalidad de sus camaradas resolver las cuestiones sociales y encontrar lo que conviene a todos y a cada uno?

¿Creéis, en fin, que porque el Estado, el gobierno, esté ocupado por obreros, habrá cesado de ser un mecanismo por encima y al margen de vosotros, una fuerza centralizada en algunas manos en detrimento de la libertad y de la seguridad de todos?

Cuando hayáis confiado todos los derechos y todos los poderes a esos obreros, vuestros hermanos, que tienen hoy los mismos intereses que vosotros, porque sufreis como vosotros el aplastamiento común, ¿qué os queda a vosotros, a la masa, para protegeros contra los errores y las traiciones siempre posibles de vuestros delegados?

¿Qué os prueba que continuarán viendo y sintiendo como vosotros, cuando, en lugar de ser el grano que desnucena la muela, se hayan convertido a su vez en la muela que desnucena el grano?

Pero admitamos, por un instante, que esos obreros, esos proletarios devenidos gobierno, permanezcan puros, impecables y devotos, que el poder no les trastorne la cabeza, y que procuren de buena fe resolver la cuestión social sin ningún propósito bastardo.

Supongamos también, que no seáis engañados en vuestra elección, que hayáis designado a los más capaces y a los más inteligentes, y al mismo tiempo a los más honestos.

Todos queremos la justicia, la igualdad social. — Sobre eso no hay discusión.

Pero, para unos, esa justicia se llama el comunismo, para otros el falcaterismo, para otros el colectivismo, para otros el mutualismo, para otros la cooperación, etc., etc. ¿Qué solución adoptará el Estado obrero?

—¿La comunista? — ¿la proudhoniana? — ¿la fourrierista? — ¿la saint-simoniana? — ¿la colectivista? — ¿la de Carlos Marx? — ¿la de Bakunin? — ¿o la del congreso obrero?

Es evidente, en efecto, que el Estado, que la dictadura, no puede adoptarlas todas a la vez, organizar a la vez el trabajo sobre la base comunista, colectivista e individualista, seguir a Proudhon y aceptar a Cabot, legislar en nombre de Fourier y decretar en nombre de Saint Simón, fundar la igualdad absoluta sobre la equivalencia de las funciones, y establecer, por otra parte, el gobierno de las capacidades.

Pues el Estado es la unidad y la centralización. Es preciso que elija una solución con exclusión de otras.

¿Cuál?

Y que la codifique y la imponga.

¿En virtud de qué infalibilidad?

Porque si no eligiese y no impusiese, ¿qué sería ese Estado espantajo, para qué serviría?

Notemos bien, además, que la ciencia social es una ciencia no acabada, sino que comienza y no será terminada nunca.

Cada día, en efecto, un nuevo descu-

brimiento industrial, un nuevo progreso del espíritu humano, una nueva conquista del saber sobre la ignorancia, pueden agrandar el horizonte, modificar las leyes de aplicación.

Es preciso, pues, encontrar un mecanismo que permita al progreso social producirse gradualmente, dulcemente, a cada minuto, y sobre todos los puntos a la vez, sin sacudidas, sin obstáculos, que permita, en una palabra, a la sociedad desarrollarse, como se desarrolla el cuerpo humano, como crece la planta, por una asimilación incesante y completa de todos los elementos de vida, de fuerza y de mejoramiento.

Este mecanismo no puede ser el Estado, aunque sea obrero, que regula autoritariamente, en tanto que Estado, la organización del trabajo y la constitución económica de la sociedad.

Este mecanismo no puede ser más que la *autonomía federal*, que convida a los trabajadores, a los interesados, a los grupos naturales dueños de su libertad de acción, a resolver todas las cuestiones que les afectan, y a solidarizar del mejor modo los intereses generales y los intereses particulares.

El Estado burgués es vuestro enemigo, — sea.

El Estado obrero será impotente, porque será siempre Estado — es decir, dictadura — es decir, lo contrario de la libertad, que es el derecho, y de la igualdad, que es la justicia.

ARTHUR ARNOULD.

mo los compuestos a base de ácido cianhídrico, paralizándolo; aunque estos no produzcan el efecto paralizante sino cuando son usados en un grado de concentración muy elevada. Pero, naturalmente, la mayoría de las substancias empleadas en la guerra química, se componen de estas tres propiedades que son las más esenciales: todos los "lacrimógenos", todos los "sofocantes" son mortales cuando se los emplea a grandes dosis. Los "vesicantes", a más de dañar la piel, penetran en los pulmones, provocando lesiones fatales. Las consecuencias que se señalan cuando se habla de las substancias lacrimógenas o vesicantes, son solamente un efecto predominante.

Por ejemplo el sulfato d'ethyle dichloré, — el gas mostaza — cuando su concentración es muy débil, genera una simple inflamación de los órganos visivos, como si se tratara de un emplastro vesicatorio aplicado a la piel; fuertemente concentrado, causa lesiones en los ojos, produciendo la completa ceguera y averiando los pulmones que, al provocar la obstrucción, la víctima muere lentamente como estrangulada.

Y estos hombres atacados por el gas quedan para siempre delicados, padeciendo de una salud precaria, con los pulmones lesionados que los predisponen a contraer cualquier enfermedad contagiosa.

**La guerra bacteriológica.**—

Según estos mismos sabios que redactaron este informe, dicen que "felizmente" (?) la protección contra los cuerpos nocivos se desarrolló simultáneamente al intensificarse la producción de las substancias nocivas.

Esta protección consiste en la invención de aparatos "aisladores" y, especialmente, de aparatos "filtradores" — las máscaras — que demostraron ser muy eficaces. Pero si el gas llega a cierto grado de concentración, estas mismas máscaras resultan ineficaces, o solamente pueden servir a los individuos que adquirieron cierta práctica al usarlas.

"En cambio, contra una muchedumbre sorprendida de improviso, y no adiestrada, los efectos serían tan terribles como lo fueron cuando se empleó por primera vez el arma química contra hombres desprevenidos, que confiaban en la convención de La Haya, sin haber previsto nada antes de haber sido víctimas.

Una catástrofe semejante seguramente se realizará la primera vez que se emplee esta arma química contra las poblaciones civiles".

He aquí las conclusiones a que se llega respecto de la guerra química.

"Esta arma, empleada con creciente intensidad y una eficacia indiscutible en la pasada contienda, produjo efectos fisiológicos variados y diversos. Ya no existen límites posibles a su potencia y a su efectividad, como no se puede poner límites a la farmacopea o a cualquier rama de la química. Si estos efectos son extremadamente graves contra hombres protegidos, pudiendo ser atenuados por medidas preventivas, el problema de las poblaciones indefensas es insoluble, por lo menos hasta ahora".

Las substancias nocivas usadas por el comercio corriente en los tiempos de paz, se hallan a la disposición de cualquier potencia industrial que posea usinas para transformarias en armas de guerra. Referente a este punto, los profesores Zanetti y Mayer llegan a las siguientes conclusiones, que fueron extractadas de sus informes:

"La facilidad con que pueden ser transformadas esas fábricas, escribe el profesor Zanetti, solamente en una sola noche, para fabricar material destinado a la guerra química, engendra un sentimiento de desconfianza y temor frente a un vecino que disponga de una poderosa organización química.

"Ella asegura, en efecto, una superioridad inmensa — dijo el profesor Mayer — a una nación animada por propósitos malvados. Un cuerpo nocivo estudiado en secreto — y ese estudio se puede realizar donde quiera — fabricado en gran cantidad — y esa fabricación se puede llevar a cabo en cualquier usina química — arrojado por sorpresa sobre una población que no se halla preparada a defenderse, quebrará toda veleidad de resistencia".

**Los gases irritantes, asfixiadores y tóxicos.**—

El arma "bacteriológica" parece menos peligrosa que la química, aunque en ese dominio hay que estar alerta, no fiándose

de una seguridad falaz y engañadora".

"Si será relativamente fácil, por ejemplo, envenenar las aguas con caldo de microbios de tifus o de cólera, la filtración de los líquidos y la vacuna preventiva permitiría mitigar y hasta anular esos efectos. Asimismo la preparación de la peste mediante las ratas "sería tan peligrosa para el que adoptara esa iniciativa como para su adversario".

Sin dejar de lado esta cuestión, los que colaboraron en ese informe, quisieron llamar especialmente la atención sobre el empleo eventual del arma química contra las poblaciones civiles:

Las grandes ciudades y los centros más vitales serán atacados por los gases.

"Desde el punto de vista técnico no parece que sería imposible que las grandes ciudades fuesen atacadas por medio de gases tóxicos arrojados por aviones o lanzados por armas de largo alcance que a cada año aumentan su distancia y ya existen en las fuerzas navales y militares. Al contrario, hay razones para creer que en una guerra futura la quinta arma, o sea la aviación, será mayormente desarrollada que en la guerra pasada, tanto en el número de sus unidades como en su capacidad y poder ofensivo.

Aunque sería muy vituperable y condenable esta acción, no habría ninguna dificultad técnica para que bombas de grandes dimensiones, conteniendo gases tóxicos, fuesen arrojadas sobre los centros indispensables a la vida política o económica del país enemigo".

Los gases utilizados no tendrían, por cierto, sólo efectos temporarios, puesto que el objetivo consiste en destruir y dañar en todo lo posible el núcleo de esa actividad, inutilizándolo a fin de ponerlo fuera de combate. El gas mostaza, por ejemplo, derramado en grandes cantidades sobre las grandes ciudades, quedaría probablemente durante muy largo tiempo en el suelo, penetrando gradualmente en las casas y por ende desalojando sus habitantes.

Hay que esperar se encontrará algún medio para proteger a las poblaciones civiles contra tales peligros, pero debemos admitir que el problema por ahora es de muy difícil solución. El abastecimiento de máscara a todos los habitantes de una ciudad nos parece que es un medio casi impracticable y nos quedará solamente estudiar un medio de protección colectiva que puede o no resultar eficaz."

Y en la ausencia de estos medios hay que confesar, no teniendo las poblaciones una indicación anticipada sobre el punto en que se realizará el ataque, una protección adecuada y completa es absolutamente imposible. Además, los gases pesados y tóxicos derramados en pleno campo, quedan por un tiempo indefinido en cuanto a su duración. En las ciudades es difícil pronosticar el tiempo por el cual continuarán constituyendo un peligro.

Se podrá objetar, sin duda alguna, que semejante guerra sería demasiado odiosa y la conciencia humana se rebelaría contra semejantes prácticas. Pero esto mismo se venía diciendo durante todo el siglo que nos precedió. Se decía: la guerra matará la guerra, y a pesar de la masacre de doce millones de combatientes, sin contar los civiles, los Estados y los gobiernos, como puede verse, se preparan a nuevas aventuras guerreras en las que las armas empleadas superarán en horror a todas las anteriores, que se creían portentos de destrucción inmediata.

Dando este hecho como probable y acaecido, que la conciencia humana puede repudiar tales procedimientos, estando todas las poblaciones de los países comprometidas directa o indirectamente en la contienda — como sucedió en la pasada guerra — es creíble que algunos beligerantes poco escrupulosos no hagan ninguna diferencia entre el uso de los gases tóxicos en los campos de batalla o contra los centros que proveen los medios para que esas tropas sigan combatiendo.

En conclusión, este cuerpo de rabios manifiesta que las aplicaciones cada día más numerosas de la ciencia al servicio del arte de matar, hacen que los pueblos se hallen en continuo peligro de muerte, a merced de armas nuevas y de efectos desconocidos. No es posible que confíen en las convenciones estaduales, y deberán preocuparse ellos mismos por conjurar la terrible amenaza que se halla suspendida sobre sus cabezas. — O. G. A.

## Horrores de la guerra química, y bacteriológica

Mientras las usinas militares, los arsenales y astilleros trabajan febrilmente para prepararse a una nueva guerra, los laboratorios químicos, descubriendo nuevos productos, pretenden coadyuvar a la destrucción del género humano a más o menos breve plazo. Lo irrisorio, lo grotescamente triste es que, al mismo tiempo que fabrican esa sexta arma, añadida a la infantería, a la caballería, artillería, marina y aviación, se está inventando máscaras, medios preventivos para atenuar los efectos micidiales de los gases tóxicos y de los resultados mortíferos de la bacteriología.

Una comisión publicó hace algún tiempo las colaboraciones enviadas por varios sabios de diferentes países, consultados sobre este tópico de la guerra química y bacteriológica. Intervinieron el profesor André Mayer, del Instituto de Francia; Angel Angeli, de Florencia; Pfeiffer, de Breslau; Bordet, del Instituto Pasteur, de Bruselas; W. P. Cannon, de la Escuela de Medicina de Harvard; Th. Madson de Copenhague; el senador Paterno, de la Universidad de Roma; M. J. Enrique Zanetti, de la Universidad de Colombia de Nueva York.

Este informe, redactado con objetividad absoluta y total prescindencia de cualquier banderío, contiene detalles, los cuales harán percibir a la opinión pública de todos los países "lo que ella debe temer", aportando, además, la prueba científica y matemática de que la próxima guerra, si algún día estalla, será "una guerra en profundidad, en la que las naciones adversas resultarán vulneradas hasta los límites extremos de sus respectivos territorios", superando en horror a todo lo que se puede imaginar.

Al leer el resumen de este documento terrible, que es una advertencia gravemente solemne, se llega a la conclusión de que la guerra deberá ser suprimida con este único medio: la revolución social.

**I.—La guerra química.**—

Después de la primera violación, contraviniendo las convenciones establecidas por la Corte de La Haya, el arma química fué empleada por los beligerantes, así como otras armas que estaban prohibidas.

Al empezar, las nubes de gases y los obuses tóxicos no fueron usados sino contra los combatientes del frente: "pero se puede, en un porvenir cercano, emplear otros procedimientos, tales como el lanzamiento de bombas por aviones y otros recipientes cargados con materias nocivas, que dañarían las poblaciones civiles, como asimismo a los combatientes. Es muy dudoso — escribe el profesor Mayer — que los pueblos se den cuenta

exacta de la potencia de esta arma y del peligro a que se hallan expuestos. Y el profesor W. B. Cannon va más lejos todavía, cuando declara que "nosotros nada hemos visto que pueda ser comparado a las perspectivas de destrucción de los centros industriales y la masacre de la población civil, en el caso que un nuevo conflicto se produjese."

El arma química utiliza medios variados para "poner al hombre fuera de combate temporalmente".

Desde el mero punto de vista de los efectos fisiológicos, según el informe de la comisión, clasifica los cuerpos nocivos en tres grandes categorías: Las materias "irritantes", es decir los lacrimógenos y el vesicante, produciendo ampollas, o sea una erupción vesicular, y después los cuerpos sofocantes o asfixiantes así como los cuerpos tóxicos.

**Las poblaciones civiles no pueden ser protegidas contra el arma química.**—

Los productos de la composición del lacrimógeno inutilizan uno de los sentidos más indispensables: la vista. Causan un dolor intolerable al nivel externo de la visión, produciendo en la víctima la ceguera solamente durante el período que la atmósfera se halla impregnada de ese gas. Contrariando la creencia general, la lesión causada por esa materia es temporal. La afección desaparece ordinariamente después de algunas horas o de algunos días. A pesar de haberlos reducido a la inacción, como si les hubiesen reventado los ojos, no se registran casos en que la dolencia fuese duradera.

El gas estornutorio determina crisis repetidas e irreprimibles de estornudos, accesos de sofocación, dolores de cabeza insoportables: incita al hombre a dejar caer la máscara que lo protege, pudiendo así exponerse a la acción de otros productos tóxicos arrojados al mismo tiempo de los estornutorios o momentos después.

Referente al gas más conocido entre los vesicantes, se encuentra el famoso gas mostaza, que causa en la víctima ampollas en la piel y lesiones muy graves en las membranas mucosas, adhiriéndose al suelo e infectando todos los objetos cercanos.

Los cuerpos sofocantes o asfixiadores producen lesiones mortales en los pulmones y el hombre atacado de edema muere del mismo modo que un ahogado, entre los estertores de una agonía terrible. El óxido de cloruro de carbono o el "phosgene", es el más eficaz de todos los gases de esa categoría que hayan sido empleados.

En fin, se hallan todavía los tóxicos que atacan el sistema nervioso, tales como